

Humanismo en el pensamiento latinoamericano

Pablo Guadarrama González (2001)

EPÍLOGO

Pensar con cabeza propia

En cualquier circunstancia es recomendable pensar con cabeza propia. Pero en algunas ocasiones es más necesario que en otras. El carácter de esa necesidad está en dependencia de lo que se pone en juego. El pensamiento latinoamericano, en su conformación, ha pasado por diversas etapas en las que no siempre pareció tan clara para sus gestores la necesidad de pensar de tal forma, o por lo menos de insistir en la cuestión de manera tan explícita. A los cultivadores de la escolástica de los siglos XVI y XVII no les parecía imprescindible marcar diferencias respecto a la filosofía y la teología europeas. No les preocupaba tanto ser considerados o no dentro del pensamiento europeo, porque no lo diferenciaban del propio. Sin embargo, desde los primeros momentos de la evolución del pensamiento latinoamericano afloró cierta intención de marcar algunas de las especificidades, o por lo menos la perspectiva o la circunstancialidad de este, como lo evidencia, al menos en cuanto al título, la *Lógica mexicana*, de Antonio Rubio. Pero habría que esperar a una mayor conformación de los rasgos de identidad americana para que nuestros pensadores tomaran mayor conciencia de lo necesario que es pensar con cabeza propia.

Pensar con cabeza propia no significa asumir posturas de chovinismo epistémico y cerrarse a los aportes del pensamiento provenientes de cualquier parte del mundo, así como de pensadores con los cuales se puede coincidir parcial o totalmente. Por el contrario, significa asumirlos, pero no indiferenciadamente sino en correspondencia con las exigencias cognoscitivas, axiológicas e ideológicas que cada momento reclama. Se ha de medir con mayor rigor los grados de autenticidad que de originalidad. Este ejercicio presupone pensar asumiendo como propias las ideas más adecuadas, sin preocuparse demasiado por su procedencia. No debe importar si está vinculada o no a alguna lectura previa o es el producto absolutamente individual del último que la revela. En definitiva, todo pensamiento posee siempre una soterrada entraña social, aunque sus obstetras no pierdan mérito por su cuota de originalidad en el parto intelectual de cada idea.

Los próceres de la independencia latinoamericana no dudaron en asumir la producción intelectual y la experiencia de los procesos revolucionarios de Europa y Norteamérica, así como del mundo cultural asequible a su época, para fundamentar ideológicamente el proceso emancipatorio. Tanto Bolívar como Martí, a pesar de las diferencias de época y de circunstancias, sabían muy bien que si la asunción abierta de las ideas políticas, filosóficas, etc., no se articulaba a las fuerzas telúricas de aquel mundo de diferentes razas, que el primero concibió era América, para que contribuyese a la liberación de nuestra América fecundada por “nuestros arcontes”, como reclamara Martí, difícilmente podría alcanzarse la aspiración de lograr la soberanía demandada por estos pueblos.

Las fronteras políticas, económicas y culturales entre la parte que es **nuestra**, la latina, y la que no es nuestra, la sajona, se habían ido diferenciando desde mediados del siglo XVIII e inicios del XIX, cuando se revelaban con mayor claridad las intenciones imperiales de los gobiernos de los Estados Unidos sobre los países del sur del continente. Es entonces cuando las circunstancias obligan más a nuestros intelectuales a preocuparse en mayor medida por pensar con cabeza propia. Andrés Bello se había percatado desde muy temprano de que nuestra democracia debía ser muy distinta de la norteamericana. Alberdí reclamaba una filosofía americana, porque no era posible que evadiese el componente ético y político, que cada vez reclamaba en mayor medida la producción del pensamiento latinoamericano y que en la actualidad parece más urgente que nunca.

En esa misma medida el compromiso político de nuestros pensadores se hace cada vez más manifiesto, en correspondencia con la comprensión de que los destinos de la flamante república del Norte se mantendrían opuestos a los del sur. Montalvo no vacilaba en representar a la I Internacional en su Ecuador. Varona tampoco lo haría al asumir *Patria*, órgano del Partido Revolucionario Cubano, y dejarse cautivar, a pesar de su espíritu moderado, por el planteamiento antiimperialista de Martí. Vasconcelos -quien conoce desde su infancia la desgracia de vivir en un país tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos, cultivará un nacionalismo fecundo que ha de tener su raíz en Indoamérica, mientras que Rodó enfocaba, a pesar de su distanciamiento geográfico, la puntería de sus cañones intelectuales contra la *nordomanía*. No ha habido en Nuestra América pensador trascendente que no pusiese su pluma al servicio de las nobles causas de estos pueblos y que no se haya percatado de la imposibilidad de satisfacer las demandas de estos países y las de los gobiernos estadounidenses. Ante esta disyuntiva, como en todas, se ha dividido la intelectualidad latinoamericana. Se ha diferenciado entre aquella que ha preferido no poner en peligro su visado múltiple al país de las maravillas y aquella que consciente de su compromiso ideológico y cultural considera que su actitud dista mucho de ser una camiseta de verano.

El siglo que se despide ha sido una época de definiciones. Se ha puesto en juego en más de una ocasión hasta la supervivencia de la humanidad. El venidero parece que no llegará colmado de flores. El fantasma de la dominación ideológica se empeña, sin embargo, en hacernos pensar sin cabeza propia. El desafío es ahora mayor, porque son más eficientes los mecanismos de comunicación y de manipulación de las conciencias. Por tanto será una época de nuevos retos para los que pensamos que no vivimos en el mejor de los mundos posibles y que América Latina tendrá que pagar dobles cuotas de sacrificio si no asume a tiempo no solo la actitud de pensar con cabeza propia, sino, lo que es más importante, de actuar.

Un pequeño pueblo de esta región latinoamericana asumió desafiante la empresa de pensar y actuar con cabeza propia. Los augurios más derrotistas, por su cercanía al país que se considera destinado a pensar por todos los demás, consideraron que era imposible que lograra sus objetivos. Todavía algunos lo dudan. Son los que dudan eternamente de que las revoluciones auténticas resulten victoriosas. Las revoluciones son el mayor ejercicio de pensar y actuar con cabeza propia. Ese pueblo sigue desafiando y demostrando que sí se puede pensar y actuar de tal modo. La experiencia de la Revolución Cubana demostró que cuando más se acercó al esquema soviético de interpretación de la realidad, más se distanció de sus posibilidades creativas y de elaboración de propuestas acordes a sus particularidades de desarrollo. Fue en ese momento cuando sus enemigos

más se alegraron de que dejase de pensar con cabeza propia y fue cuando sus amigos se distanciaron críticamente, aunque, la mayoría, sin traicionarla.

Sectores intelectuales y políticos latinoamericanos consideran que se debe y se puede luchar por el derecho a pensar con cabeza propia. Se inspiran en grandes personalidades históricas del pasado y del presente para fundamentar tal posibilidad, pero lógicamente tienen que enfrentar muchos obstáculos. Algunos se desmayan en el esfuerzo. Piensan fatalmente que es inútil enfrentarse en batalla tan desigual contra los medios de comunicación masiva. Otros, más vehementes, y por eso mismo imprescindibles, no sólo cultivan esas ideas a contracorriente sino que exponen la hermeticidad de su piel a las balas, y la de sus principios a los apocalípticos cantos funerales.

Aspirar en la actualidad a la condición de intelectual, al menos en América Latina, no constituye un gran sueño; no muchos lo desean en esta sociedad pragmática e instrumentalizada. Ya desde principios del siglo XX Einstein dijo que reivindicaba el idealismo ante el hedor a mierda de este mundo.

El desastre axiológico que experimenta el mundo contemporáneo ha dado lugar a que los patrones de los filmes del oeste dejen de ser realidad virtual y adquieran carácter de opinión pública impuesta y generalizada. Los actuales cowboys, ahora vestidos de marines, son presentados a esas mayorías manipuladas como los buenos que vienen, en este caso, no a ajusticiar indios sino a vietcongs, sandinistas, granadinos, narcodictadores, guerrilleros, etc. En medio de ese caos de referencias algunos intelectuales optan por abandonar sus anteriores sueños juveniles y se arrepienten de ellos por considerarlos frutos de la inmadurez. Prefieren ponerse al servicio de la dictadura del mercado. Aquellos que se enfrentan a ese poder omnipresente son observados como hippies trasnochados, en esta época obsesivamente posmoderna que concibe como moderna las actitudes de los sesenta. Postmoderno ahora es la prohibición de frases como prohibido prohibir, es estimular el pensamiento débil, es declarar la muerte de los metarrelatos, entre los cuales en primer lugar está el de la revolución. Lo moderno era lo rebelde, inconforme, informal, ideológico y, por tanto, obsoleto. El nuevo paradigma que ahora se quiere imponer es el del hombre circunspecto, moderado, conservador, que acepta como verdades todas las que se le preparan en ordenador, o le llegan por Internet, siempre y cuando cumpla con los requisitos de presentación que exige todo sometimiento a la ley de la oferta y la demanda.

En medio de condiciones tan adversas, el intelectual que quiere seguir siéndolo, y cada vez mejor, que no se abochorna de sus marcados tintes ideológicos, se reúne, escribe, diserta, critica, en cualquier medio que le sea posible y cultiva el más digno humanismo. Mientras aquellos que ocultan tales tintes –lo que no significa que carezcan de ellos- se distancian del proyecto humanista y desalienador que ha animado lo mejor del pensamiento latinoamericano desde sus primeras manifestaciones hasta nuestros días.

No se pretenden mesianismos inmerecidos, ni mucho menos se debe reanimar la concepción heideggeriana de que los filósofos deben ser los pastores del Ser. Pero sí se trata de que cada profesional de la Filosofía –quien sabe si todos genuinos filósofos o no- cumpla con la misión pedagógica de hacer germinar en las nuevas generaciones –así como en las no tan nuevas- la recuperación de la confianza en la capacidad humana por perfeccionarse y salir de esa pérdida de rumbos que produjo el espejismo del “socialismo real” al esfumarse y mostrar la aridez del desértico “capitalismo real”, en el que el hombre siempre se siente solo.

Tal misión pedagógica no puede circunscribirse al ambiente académico. Uno de los principales retos que el pensamiento en la frontera de Nuestra América tiene ante sí es el de saber superar los obstáculos que le plantea el dominio de los medios de comunicación por parte de aquellos que consideran que sí viven en el mejor de los mundos posibles. No se trata simplemente de denunciar la falta de posibilidades, las censuras disfrazadas, etc., y las escasas vías de expresión de aquellos que piensa con cabeza propia. La tarea consiste en lograr espacios, claro está, pero no esperar de manera pasiva a que sean “democráticamente” situados. Hay que saber conquistarlos por la vía que sea.

Esa labor hay que desarrollarla en primer lugar desde dentro del mundo de la docencia universitaria y las instituciones culturales. Pero teniendo en cuenta que no vivimos en tiempos en que las universidades se caracterizaban por su espíritu de rebeldía. La oleada del pensamiento conservador ha ido desarticulando las universidades, desparramándolas físicamente en las ciudades, para que dejen de jugar aquel papel centralizador de termómetro sociopolítico. El hecho de que se haga cada vez más difícil lograr espacios de reflexión crítica en planes de estudios y en asignaturas universitarias, que ahora se importan enlatadas desde los actuales centros de poder científico, tecnológico e ideológico, con el objetivo de *clonizarlo* todo, es decir norteamericanizarlo, no debe desanimar a aquellos que tienen el deber de construir los nuevos laboratorios teóricos de experimentación del pensamiento producido con cabeza propia. Pero limitar esa labor a las universidades sería cercenar las dimensiones del pensamiento latinoamericano. Si este desea mantener su raigambre popular -que no tiene nada que ver necesariamente con el discurso populista- debe extenderse constantemente a otras esferas de la sociedad civil.

Siempre se corre el riesgo de que se identifiquen tales instituciones con campañas partidistas y otros intereses, pero no es posible jamás llegar a tierra firme de utopías concretas para las mayorías sin que en la travesía por los tormentosos océanos de esa utopía abstracta que es el triunfalismo neoliberal no sea salpicado por algún tipo de aguas ideológicas. Solo el nivel intelectual y el rigor académico pueden jugar el papel de efectivo antídoto contra las comunes venenosas insinuaciones de las derechas sobre la falta de profesionalidad de la intelectualidad de izquierda. Para lograr ese rigor, esta última tiene el deber de meterse dentro del discurso de la intelectualidad de derecha, con el objetivo de descubrir sus fisuras. Aquellas actitudes descalificadoras del pensamiento burgués, propugnadas por el vaticano marxista-leninista elaborado en la URSS, ya demostraron sus consecuencias nefastas para la gestación de una producción científica, social y filosófica de genuino valor tanto para la propia *intelligentisia* como para aquellos gobiernos que podían haber aprendido mucho mejor dónde radicaban sus fortalezas y debilidades.

Si se pretende combatir el aparato conceptual del discurso dominante en la actualidad, hay que conocerlo mejor, estudiarlo para encontrar sus núcleos racionales y sus lados flacos. Del mismo modo que los marxólogos más inteligentes pusieron sus servicios a la misión desacreditadora del socialismo. Hoy la intelectualidad de izquierda tiene el deber de estudiar las bases teóricas del neoliberalismo, de las filosofías posmodernistas y de distintas orientaciones para descubrir lo aportativo a la cultura contemporánea y lo que está concebido para servir a ese orden social que parece no despedirse tan fácilmente de la humanidad, como muchos esperábamos. Continuar revelando la esencia inhumana del capitalismo real y enaltecer el sentido humanista de las genuinas ideas socialistas

–aunque no todos los intentos prácticos de su consecución hasta el presente hayan contribuido a su alcance verdadero- constituye uno de los principales retos de los que aspiran a pensar con cabeza propia en nuestra América, del mismo modo que Bolívar, Martí o el Che lo hicieron en sus respectivas circunstancias; pero tratando siempre de trascenderlas y de engendrar circunstancias superiores.

Solo de ese modo se puede contribuir en algo a enriquecer teóricamente a que aquellos que tienen que pensar desde distintas partes de la periferia de los actuales centros de poder, periferias que en ocasiones llegan a entrecruzar sus bordes en la interioridad de los propios centros. Los grandes centros actualmente construyen muros para aislar inmigrantes e ideologías emancipatorias. La misión de la intelectualidad comprometida con esas periferias es desarrollar, ante todo, el rasgo principal de todo ejercicio epistémico: *pensar con cabeza propia*.

Humanismo en el pensamiento latinoamericano

Pablo Guadarrama González

Colección: Estudios Sociales, Culturales, de la Mujer y de América Latina

Primera edición: 2001, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba.

Segunda edición, revisada y aumentada: septiembre de 2002.

Obra financiada por la Dirección de Investigaciones de la UPTC.

ã Sobre la presente edición: UPTC

ã Pablo Guadarrama González

Colección: Estudios Sociales, Culturales, de la Mujer y de América Latina.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#)..